
PALOMARES Ramón: Adiós Escuque.
Ediciones de la Universidad de los Andes.
Mérida. 1974.

Ramón Palomares: Invitación a la poesía

La lectura de Palomares nos ha hecho sentir de nuevo la callada importancia de la poesía. Ese lujo humilde que nos pone en contacto con lo único necesario, entre tanto afán. Entre los decretos y los ministros de agricultura y el situado constitucional se sitúa este libro tan indefenso, tan perdurable —lanzado al tiempo—, tan abierto y tan sellado, tan difícil porque es sólo una palabra humana. Más allá de lo útil, suponiéndolo todo, una pura voz humana. Nada propone, no viene con ningún poder, sólo el de su consistencia. En nuestro mundo de dos dimensiones se sitúa este libro como piedritas lanzadas al pozo del tiempo. Por eso es difícil encontrar la actitud para leerlo. Pero encontrar esa actitud es encontrarnos a nosotros mismos, preguntarnos, entrar al miedo y al gozo del vivir humano.

Palomares logra destilar las esencias de las cosas. Pero para Palomares las esencias no son esas fórmulas esqueléticas y reseca de los filósofos sino el aire de las cosas o su sombra o lo que dejan en uno cuando ya no están. Ese modo de ser que es la ausencia. Pero no una ausencia exasperada, que le destruye a uno, sino como un dejar lugar a otras cosas, un modo de respeto para que uno tome distancia y se vaya extendiendo sabiamente en el tiempo y por el mundo. En la poesía de Palomares no hay lo opaco. Todo es presencia, todo tiene rostro. Todo acontece. Eso no quiere decir que todo se acomode al gusto de uno. No se trata de un subjetivismo reductor, adolescente. No se trata de refugiarse en mentiras piadosas, en mundos de pacotilla. Se trata más bien de una humildad, de una verdad, de una sabiduría superior. Se trata de acceder a la revelación que acontece en este mundo que hacemos los hombres. Se trata de remontar lo individual para penetrar en lo personal que es social y también telúrico.

Por eso las palabras de este libro no son palabras fijadas, palabras nacidas para leerse, palabras-cosas cuyo modo de existir es ser-vistas. No. Son palabras habladas. Son ecos de sonidos humanos que se quedaron vibrando porque no quieren morir, porque son hermosos y dolorosos y gozosos, y los hombres los resucitan siempre de nuevo en su obsesión de vivir. Una vida que tiene fondo y por eso nunca se apaga del todo aunque es mortal. Es aquello de Quevedo "polvo serán, mas polvo enamorado".

Por eso es un libro para releerlo. Las palabras son signos y hay que tantearlas, leerlas más duro o más despaciosamente, mezclarlas con los silencios justos hasta que se hace el milagro: brota el poema, surge de nuevo la escena, fresca y cargada de años, la quintaesencia, el espíritu, que no es eso abstracto, sin cuerpo. Y eso se nota en que cuando uno encuentra la dimensión del poema, el poema se hace

LLORA, CANTA Y TERMINA ROGANDO

Bailando como un pájaro y asado en la candela
va este pobre mortal
por ser la vida tan negra
y aquí cae y aquí vuela
quemándose en este de momento infierno
Pero al pasar la noche ceguecida
que la aurora se aprueba
Quién dijo "Malos Ratos - Perros Lobos
Venga aquí la muerte!

No Señor Que ahora empieza la fiesta
Y mírenme esta rama presa de frutas
Y aquí está el agua Y aquí la sed goza
Nomás de cristalino el pez en su remanso
Nomás de flor esa perdíz por su pradera
Ayayay

Que aquí mismito me dormí
Subíme al sueño sangrecita
Todito se me ha vuelto música
Todito Paraíso
Miren pues que ya me voy soñando
Gozando arranco las estrellas
Dios Mío si de verdad soy el de ahorita
No dejés que me devuelva al fuego

denso y uno dice: eso es la vida humana y merece la pena decirse, aun como recuerdo merece la pena.

Adioses, viajes, recuerdos y sueños. Este es el mundo de Palomares. Y todo es obra del tiempo, por él viajamos aunque no nos queramos mover. Y dentro tenemos otra máquina del tiempo para viajar también por espacios que no son de aquí aunque siempre acaban pareciéndose. Y al partir inevitable, partimos de otros, nos separamos, nos convertimos en pedazos que sangran, que llaman a días a las otras partes y las encuentran en otros o en todo caso inventan otras.

Y otro va siendo también uno que dialoga con lo que fue, o con lo que de otro modo queda, como rescoldo, dando calor y vida.

Este mundo de poemas también se vuelve conjuro. Es que en el viaje soñado se ven visiones y entonces viene el deseo queriendo que el tiempo se quede ahí o que se cambien los rumbos, y el deseo a veces se enciende tanto que se hace imploración y llega a parir unas gotitas de tiempo propio que llamamos libertad.

Y también brotan los mitos, poemas de cómo es la vida, decires sagrados —Hijo pródigo, La caída, El jugador— y en esos no hay tiempo, es decir no hay tiempo de fuera, no están en el tiempo. Sólo el tiempo de dentro, el tiempo en que van sucediendo y, cuando se acaban de contar, desaparecen. Es una especie de maravilla, de tiempo eterno.

Y todas estas construcciones están hechas de los elementos —tierra, agua, aire y fuego— de lo cotidiano, de lo de este mundo que ya no vemos de tan familiar. Y este pedazo de mundo está en la sierra, con su aire de grandeza y de soledad y de cosas escasas y llenas y fijas que siempre las vimos lavadas y viejas.

Sirva esta pequeña glosa como homenaje al poeta.

Y si por algo añade, Adiós Escuque fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura.

RECUERDE EL ALMA DORMIDA